

No eran menos hondas y lamentables las divisiones en que á la sazón se consumían los isabelinos. Aun antes de caer el gabinete Calatrava, mientras los moderados afirmaban su situación de cortesanos, los progresistas se concentraban alrededor de Espartero, cuya personalidad pesaba tanto, que, al constituirse después de la caída de Calatrava un gabinete marcadamente moderado, fué nombrado ministro de la Guerra, aun contando con que continuaría al frente del ejército del Norte. Abonaban esta designación los prestigios del general y la circunstancia de no formar aún los moderados partido político. A falta de principios, buscaron los moderados motivos de diferenciación en las personas, por donde, en las cortes primeras después de las Constituyentes de mil ochocientos treinta y tres, lograron ya formar algo semejante á un partido, que si no supo sostener al gabinete del conde de Ofalia, dió vida al del duque de Frias, genuinamente moderado y en el que figuró también Espartero como ministro de la Guerra. Aunque ídolo éste de los progresistas, por preocuparle en absoluto la guerra y por otras circunstancias, no se había definido aún lo bastante para ser considerado con fundamento como progresista. Por esto los moderados no le fueron hostiles; sin embargo, comprendiendo la ventaja de tener á su frente un general de prestigio, fijáronse en Don Ramón María Narváez, que ya en la campaña de la Mancha había ganado, por las ventajas que rápidamente supo alcanzar, fama de militar esforzado. Tampoco Narváez se había definido políticamente, bien que sus amistades personales estaban entre los moderados. Manifestó siempre Narváez noble ambición, afán de ascender y cierta malévola á Espartero, no por razón de ideas políticas, sino por aspirar al primer puesto que aquél ocupaba. Confiósele, á instancia suya, el encargo de organizar un ejército de cuarenta mil hombres, que, con las tropas de Andalucía, Valencia y Aragón, marcharía contra Cabrera, y una vez vencido éste, proseguiría en auxilio de Espartero. Parecióle mal á éste, y no sin razón, aquel propósito, que por de pronto requería acantonar en Madrid un poderoso ejército, y así lo manifestó en enérgica representación á la Reina. Apoyada esta reclamación por los exaltados, produjéronse por su consecuencia disturbios, de los que apareció como promovedor Narváez, quizá contra su voluntad, y por los que fué separado del mando y despedido luego de la corte. Desde este instante, la rivalidad entre Espartero y Narváez quedó sellada.

La autoridad que por estos sucesos ganó Espartero, aumentó con los triunfos que entonces é inmediatamente después coronaron sus trabajos en la guerra. Aprovechando el desbarajuste que reinaba en el campo de los carlistas, los derrotó en las Peñas del Moro y del Mazo, en Ramales y en Guardamino, siendo tan importantes estas victorias por sus resultados, que el gobierno le premió con el título de Duque de la Victoria. En estos encuentros, la causa carlista apareció en extremo debilitada. Los voluntarios carlistas, tan resueltos y valientes, comenzaron á dar pruebas de visible flaqueza; sus generales

más distinguidos parecían marchar sin brújula; la corte de don Carlos habíase convertido en inagotable semillero de intrigas; los apostólicos, apoderados siempre del ánimo del Pretendiente, aunque separados los más de su lado, sembraron por doquier la discordia, con tal eficacia, que los batallones carlistas veían en los suyos enemigos más mortales que los mismos cristinos. Avinareta, genio de la conspiración, que pasó su vida organizando complots al servicio del gobierno, sostuvo viva, por medio de artimañas y enredos, la sospecha y la duda entre los absolutistas; Muñagorri, rico hacendado, al frente de buen golpe de voluntarios y sin apoyo del gobierno, guerreaba contra los carlistas al grito de «Paz y Fueros»: ¡todo, todo era desorden, divisiones y debilidad en el real del pretendiente!

No habían sido nunca Espartero y Maroto amigos íntimos, mas se habían conocido en las campañas de América, y como Espartero sabía cuanto á Maroto le pasaba y que la solución única posible, dado que los carlistas vencieran, había de repugnarle, se atrevió á escribirle por medio de un arriero de Bargota haciéndole proposiciones de paz. Maroto las aceptó en principio; mas profesaba tal odio al papel de traidor, que dió cuenta de ellas á don Carlos, quien, apoyado por su mujer y por los apostólicos, las rechazó en redondo, por contener la renuncia de sus derechos al trono. Maroto, sin embargo, auxiliado por su primero, el general La Torre, siguió negociando. De estos tratos dió Espartero conocimiento á Luis Felipe, que se desentendió del asunto, á pesar de subsistir vigente el tratado de la Cuádruple alianza, y á Inglaterra, que, por medio del coronel Wilde, intervino en ellos. Mediaron algunas conferencias, y aunque se dió el caso de pedir toda la división vizcaína y muchos batallones navarros y alaveses la paz á gritos, hasta en presencia de don Carlos, cuando Maroto se halló en el trance de convenirse con Espartero, deshaciendo todo el camino andado pidió perdón de sus faltas á don Carlos, declarando hallarse dispuesto á someterse incondicionalmente. Mas como su amigo y compañero La Torre le hablara al alma, manifestándole que, dado el estado de la cuestión, el triunfo sería de Espartero ó de los apostólicos, quienes le ahorcarían tan pronto como cayera en sus manos, y que, aparte esta contingencia, tan resueltos estaban á no batirse los vizcaínos que el fusil les era una carga pesada, Maroto varió de opinión: resolvió declararse rebelde á don Carlos, y comisionó á La Torre y á otros seis de su séquito, para que pasaran á Oñate, residencia de Espartero, á fin de acordar las bases del convenio que estimaran más oportunas. Recibidos cariñosamente por el Duque de la Victoria, quien por las veleidades de Maroto venía á ser árbitro de la cuestión, á causa de haber abandonado las negociaciones el coronel Wilde, á los postres de una comida, en que carlistas y cristinos fraternizaron, ajustáronse las condiciones del convenio, que si bien hecho en Oñate, se llamó de Vergara, porque en la villa de este nombre se ratificó al día siguiente, treinta y uno de Agosto de mil ochocientos treinta y nueve. Comprometíase Espartero á proponer

á las Cortes la concesión ó modificación de los fueros de las Provincias Vascongadas y Navarra, y respetar en sus empleos, grados y condecoraciones á los generales, jefes, oficiales y demás individuos dependientes del ejército de don Rafael Maroto, quienes quedarían en libertad de retirarse á sus casas ó de seguir en el servicio, defendiendo la Constitución de mil ochocientos treinta y siete, el trono de Isabel II y la regencia de Cristina. Las demás cláusulas se referían á la manera de cumplir estas condiciones y á otros particulares de menor importancia, como los de hacer extensivo el convenio á los hombres civiles que se adhirieran dentro del plazo de doce días, y considerar comprendidas en su texto á las divisiones navarra, alavesa y castellana, que á sus prevenciones se acogieran.

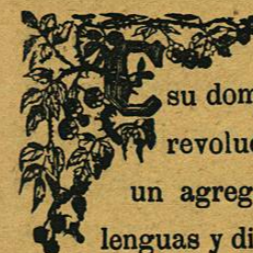
Dadas las ventajas alcanzadas por Espartero, que al frente de su ejército vencedor se hallaba en el centro del campo de operaciones de su enemigo, dividido y desmoralizado, es indudable que el carlismo estaba destinado á sucumbir; mas el convenio de Vergara ahorró mucha sangre y apresuró la solución del problema. Don Carlos, con su familia, traspasó la frontera catorce días después; las provincias se pacificaron, y si bien la guerra continuó en Cataluña y con más vigor en el Maestrazgo, los soldados de Espartero fueron empujando hacia Francia á Cabrera, que sostuvo la causa carlista hasta el seis de Julio de mil ochocientos cuarenta.

Horribles fueron los resultados de esta guerra civil. Un mes después de aquella fecha había en Francia veintidós mil emigrados carlistas, y España era un montón de ruinas, sobre el que se alzaba potente el vencedor, el general don Baldomero Espartero, árbitro de los destinos de su patria.



## CAPITULO VIGÉSIMO-SÉPTIMO

Turquía y la cuestión de Oriente.



ONSTITUIDO por la conquista y limitada la obra del vencedor á afirmar su dominación material, el Imperio Otomano continuaba siendo, al estallar la revolución de Julio, como en buena parte lo es en los comienzos del siglo XX, un agregado de pueblos pertenecientes á distintas razas, que hablan multitud de lenguas y dialectos, profesan diferentes religiones, viven en muy vario estado de cultura y sólo tienen de común su relación de dependencia al sultán, cercana á la servidumbre. Cosa extraña: con ser el mahometano, sin excepciones apreciables, creyente fanático, transigió sin dificultad, así en sus tiempos heroicos como después, con todas las creencias; jamás se opuso á que sus conquistados siguieran profesando la religión nacional; limitóse á exigir respeto á sus prácticas y doctrinas coránicas, de donde resultó, en ocasiones por virtud de ordenamientos legales, la práctica de cierta libertad religiosa. Coexistían por este hecho en el Imperio Otomano el islamismo y el cristianismo, romano en unas provincias, griego en otras; mas sin que ésta coexistencia significara que el cristiano estuviese investido de los derechos del musulmán, el cual era siempre el superior, el privilegiado, el amo. *Rayas*, rebaños, llamaba éste á los cristianos, y como á tales los consideraba y trataba, no permitiéndoles ejercer cargos públicos, ni pertenecer al ejército, é imponiéndoles la obligación de obedecer y pagar las contribuciones. Esta desigualdad convirtió á los musulmanes en señores y propietarios; á los cristianos, en súbditos y arrendadores. Semejante dependencia no impedía á éstos, si embargo, hablar su